

EN UN LUGAR DE LA EUROPA DE CUYO NOMBRE...

ALBERTO ECEIZA GOÑI

YO, de pequeño, siendo un chavalín, cuando me preguntaban ¿de dónde eres?, contestaba siempre, sin pensármelo dos veces: «de la calle Magdalena». Después, cuando empecé a bailar—en la alameda, por supuesto—y alguna me preguntaba lo mismo, contestaba: «de aquí, de Rentería». Más tarde, en la «mili», era guipuzcoano. Cuando estuve viviendo en tierras gallegas, entonces era vasco. Y desde el día pasado, en la cena de coordinación de esta revista, soy europeo.

- ¿Europeo?
- Exactamente, querido, europeo.
- Y... ¿Por qué europeo?
- Porque los renterianos hemos tenido, desde siempre, vocación europea, hemos estado abiertos a Europa desde los comienzos de la Era Moderna, hemos comido pan amasado por manos europeas, galletas, plomo, interruptores...
- ¡Toma ya! Los renterianos hemos comido plomo e interruptores, qué más, sigue, sigue, que estoy sobre ascuas.
- No, hombre, no. No seas cenizo. Lo que yo te quiero explicar es que toda la vida moderna de Rentería está profundamente vinculada a las gentes que vinieron de allende nuestras fronteras...
- No te piques hombre, que era una broma.
- Pues a mí no me gustan las bromas cuando estoy explicando las cosas que tú no has conocido, porque las manos a las que me refería eran las de un panadero que se apellidaba Oliveri.
- ¿El conocido político de Rentería era panadero antes...?
- ¡No, hombre, no! El padre del que tú dices era el panadero, que era italiano. Y ya que has sacado a relucir a la clase política, te diré que el padre del otro político renteriano, Spagnolo, también es italiano, y además, el primer señor que vimos los chavalines de mi época con sombrero fuera de las pantallas del cinematógrafo.
- ¿Qué es un cinematógrafo?
- En nuestro pueblo ya no queda ninguno, pero era un lugar donde se proyectaban películas.
- ¿Cómo una «tele»?
- Sí, pero más grande y con filas de asientos. Aquí, en el pueblo, había cuatro: el «Salón Parroquial», el «On-Bide», el «Alameda» y el «Reina»; este último tenía a «Santitos»...
- ¿Cómo en las iglesias? Con santitos.
- ¡No, hombre, no! Un señor que se llamaba Santos Alzugaray y al que cariñosamente llamábamos «Santitos».
- ¡Ah!
- Precisamente, en este último lugar y volviendo a lo que estábamos hablando, en el ático del cine Reina tenía su taller «El Francés», que fue el que montó después las tiendas que todos conocemos por «Cyr».
- ¿Roberto es francés...?
- Si señor, ese mismo y... o mucho me equivoco o Roberto fue el responsable de la colocación de la primera antena gigante de televisión en nuestro pueblo. Encima de la azotea del «Reina»...
- Y lo del plomo, ¿qué?
- Esos eran belgas.
- Pero... ¿de qué estás hablando?

- De la Real Compañía Asturiana de Minas, que como todo el mundo sabe era dirigida en nuestro pueblo por belgas.
- Y... ¿las galletas?
- Esas eran Olibet, que como podrás apreciar por el nombre no eran precisamente de origen renteriano. Pero si quieres que te diga la verdad, nunca he tenido la más ligera idea de su procedencia, eso tendrías que preguntárselo a Rafa Bandrés, que además trabajó, de chaval, en la fábrica de galletas.
- Ya, y aquí acaba toda la internacionalidad y europeísmo del que me hablabas. Pues no te das importancia por unas galletas, unos panes y unos lingotes de plomo.
- Y de los interruptores. ¿Qué me dices de los interruptores de Niessen?, ¿eh? Guillermo Niessen vino aquí y montó una fábrica de mil pares, y al estilo alemán además.
- Salió la técnica alemana a relucir. ¿No hubo ningún fotógrafo alemán?, porque ya es lo que me faltaba.
- Sí señor. Un alemán y un austriaco, para ser más exactos: Figurski, el alemán y Schneidoffer, el austriaco.
- Por eso, entre tanta técnica y tanta industria, el río olía que daba asco pasar por su lado.
- ¡Qué te crees tú eso! Cuando Olibet y Pakers hacían sus hornadas de galletas, el pueblo olía a gloria bendita, y además, ahora que hablas de olores, y volviendo a lo de europeos, en el Txoko estaba Carasa con toda su línea cosmética y otra fábrica de perfumes que no sé cómo se escribe, pero que se llamaba «Oubigant» o algo así. Es decir, que de malos olores nada, majo.
- Eso es todo, ¡tanto cuento para esto!
- No señor, no es todo. Lo que pasa es que vosotros los jóvenes no estáis acostumbrados a llevar zapatos, estáis todo el santo día con calzado deportivo y nos os enteráis de la fiesta.
- ¿Y qué tiene eso que ver...?
- Mucho, tiene mucho que ver. Si usases zapatos los tendrías que limpiar, y al limpiarlos te darías cuenta de la marca del betún, y al leer la marca de «Las Banderas», te darías cuenta de que estaba fabricado en Rentería por Bisseuil y Huet, que tampoco eran de calle Arriba precisamente, sino europeos.
- Y para terminar, estarían los del «Panier Fleuri», ¿no?
- Pues no señor. Esos no tenían de franceses más que el nombre.
- Pero bueno, yo creo que con todo el repaso que hemos dado al europeísmo de nuestro pueblo te habrás quedado más que satisfecho, a pesar de que habrá habido, supongo, muchos más que no han sido tan conocidos.
- Ya. Como aquel que contabais de pequeños que arreglaba el reloj de la torre y siempre le sobraban piezas. ¿Era inglés, no?
- ¡Qué va hombre! Le llamaban «Charlot» pero era de aquí, aquél no tenía nada que ver con Europa.
- Entonces, aita, se puede decir que... siempre hemos sido europeos.
- ¡Por qué te crees que te he contado todo esto. Por eso te puedo decir ahora en voz bien alta que estamos en un lugar de la Europa de cuyo nombre sí quiero acordarme, y que es éste, nuestro pueblo.